



PIEDRA  
ENCERRADA EN PIEDRA

CARLOS BARBARITO

pedra encerrada en pedra



CARLOS BARBARITO

## PROLOGO

### EL ÁRBOL FRENTE AL ACANTILADO

Los textos que vienen a estas páginas de la mano del poeta Carlos Barbarito entablan diálogos anteriores al lector que ahora los visita. Otro tanto ha ocurrido, en buena medida, a lo largo de la obra de este autor argentino, de hondo aliento humanista, y dolorida, sincera, precisa visión del hombre y su complejo entorno.

Son diálogos con otros creadores, citas en la memoria que darán lugar al entramado de percepciones, interpretaciones, nuevas maneras de abordar sucesos ajenos, que también son propios y, en suma, universales. En el trayecto marcado por estos poemas estarán, entonces, los ecos de un músico: John Cage, de un escritor: Marcel Proust, y de varios artistas plásticos: Frida Kahlo, Rothko, Ernst, Hopper, Motherwell, Klimt y la fotógrafa, aquí fotografiada con palabras, Tina Modotti.

De ese intercambio cultural, donde se tamizan actitudes, vivencias y desenlaces, el poeta mantendrá luego su característico diálogo con el lector, el otro pacto, “como otro entra al espejo” de sus versos.

Quien nos habla en los poemas nació al sur del mundo, un ámbito de relojes temibles, arqueros de la melancolía, que disparan sus agujas al centro del pecho, o traicionan cualquier espalda que los ignore. Las horas dudan sin norte que valga, crecen solitarias bajo el titilar de señales fronterizas.

A veces pienso en el arte como en un viejo árbol, castigado por miles de vientos, y sin embargo erguido frente al acantilado de la incertidumbre existencial, afrontando al tiempo y sus velados designios.

El árbol mira, cuestiona y expresa lo que ocurre a través de sus ramas, cada una de ellas (música, pintura, danza, etc.) portadora de hojas que dejan su rastro en la madera y se renuevan al compás de las estaciones. Cada hoja es un autor, un intérprete que calcula la situación de las raíces (necesidad de afirmarse en la rama) para después entablar su batalla particular con el acantilado.

“¿Cuánto mide y pesa ahora la tierra?” ¿Cuánto en el sur? Porque las hojas que allí se agitan tienen muy claro que “la herida [del vivir] no es curable”. Los poetas sureños se preguntan, seguramente con angustia familiar a Frida: “¿cómo soterrar el dolor, / encontrar certeza más allá del cansancio?” Mientras se aferran a su rama (“la vida anuda”) y comunican su frágil, fugaz estancia en la intemperie, “a los pies del más perfecto desconocido”.

“Lejos, el carnaval de lo ficticio”. En el aire el grito sordo de la hoja, y en la rama el musgo, que pactará la longitud del presente y será vacía escarapela del mañana. En el entreacto arderá la palabra cual hogar donde salvarse del desamparo.

Quizás junto a Max Ernst y Barbarito habría que “erigir una casa / en el

desierto” y dentro cumplir la vida a lomos del deseo, “libre de cifra”. Aunque habitamos el árbol, y sus raíces son madres, padres, hijos y amigos en nuestro pulso vital, referencias terrestres, datos del espíritu y jirones de tiempo que cosemos, remendamos con más fiebre que paciencia.

Pero cabe recordar que hay un “pacto de la rama con el musgo”, un espacio tallado con luces, tajos, respiraciones, pequeños cristales, humos de barcos, mapas que dejaron los pájaros desertores, voces y nervaduras de otras hojas ya vencidas por el otoño.

El sobrio y honesto escritor argentino participa de este pacto, lo comparte con nosotros.

Y el pacto tiene nombre: poesía.

© Héctor Rosales Barcelona, 11.04.2004.

*Y que ahora la noche se me haga del todo negra.  
Que la noche me resulte demasiado oscura para ver del futuro. Que lo que haya de ser, así sea.*

Robert Frost

(Luego de leer una biografía de Anne Sexton)

No sé —¿nadie sabe?- qué cosa  
es la locura, de qué color es,  
con qué está hecha (fieltro,  
alumbre, melaza). Sólo sé  
que puede acostarse con todos,  
incluso, aunque se crean a salvo, con los amantes.  
Tal vez —¿quién me dará una respuesta?-  
sólo sea posible cerrar los ojos,  
pensar en un niño con un globo,  
ser, por un instante y hasta que se acabe el aire, el globo,  
volar, libres, allá arriba,  
lejos del niño que, abajo,  
solo en un patio grande como un mundo,  
mira hacia el cielo y llora.

Dije amor, única instancia  
cuyo fermento al aire no horroriza.  
Dirán momentáneo reflejo  
en el agua quieta,  
en la pared que el musgo no protege.  
Pero, de todos modos, ¿dónde?  
¿Arrollado  
bajo la tierra,  
caído en el pliegue  
de ningún sueño,  
apenas baba de las cosas,  
escena de arte de belleza  
que se representó una vez,  
pasó y ahora es sólo pez que desgarrar  
el frágil mar de la memoria?

Camina, el viento sopla en contra  
y, desde lejos, una risa lejana, de niño o mujer.  
No hay nombre  
para ese árbol que se inclina,  
para ese espejo donde poca cosa se refleja,  
para ese grupo de cañas quemadas  
que constituye, al cabo de las horas,  
el único paisaje. Más tarde, en la casa,  
echará, como cada día, una leña a las llamas,  
que creará, como siempre, la última;  
antes, a mitad de camino,  
trazará sobre el pavimento  
una línea de tiza  
que tal vez no sea digna  
de emular el rastro del caracol  
hace mucho borrado por la lluvia.  
Mientras, las nubes adoptarán muchas formas,  
pero ninguna la de su propia cara.



Una y otra vez procuré,  
sin fortuna, obtener descendencia:  
de una sílaba perdida,  
de un tallo enroscado en otro tallo,  
de una pluma llevada por la brisa.  
Poco hubo, apenas esto,  
una casi inaudible respiración  
al otro lado del muro,  
un nido pequeño, desarreglado y vacío  
entre raíces desparramadas sobre la tierra.

Garabatea vida  
sobre una pared despintada;  
abajo, el agua inmóvil  
que nunca desgastará la piedra.  
Invierno, a cada golpe de viento  
se repite la imagen de una casa que se derrumba.  
Se arropa y no deja de estar desnudo.  
Se desnuda y no deja de estar cubierto.  
En la madera, una costra.  
En el suelo reseco, restos de fuego, astillas.  
Y en cada cosa vista o tocada,  
el eterno e invencible misterio  
que une la palabra cristal con la palabra hija,  
se quiebra, los fragmentos se dispersan.

## II

Hubo, se hizo, se dijo.  
Oyeron, respiraron,  
sintieron, durmieron, despertaron.  
Hubo gravidez, frutos,  
silencio, bordes, alimento.  
Y fluir, corteza, danza.  
Estuvo la inocencia y pasó.  
Se oyó un gran ruido  
de estrella rota en el centro.  
Luego sal, ramas afiladas,  
charcos, arena, sombras.  
¿Qué envejeció sino el mundo?  
¿Qué mundo surgió  
sino una tenaz sucesión de residuos?  
Entonces, ¿volver a escribir el libro  
con lo que quedó, éter  
o niebla, oquedad,  
figuras sin nada que las lubrifiquen?

## I

Animal de borde,  
jamás de centro.  
En viaje, no llega al mar.  
En realidad nunca parte.  
¿Cuál es su casa, cuál es su cama?  
Bajo la lluvia, bebe su agua.  
¿Tiene sed, la tiene?  
Husmea, levanta una pata y orina,  
arriba, remotas, las esferas.  
No conoce el cristal  
y menos el cristal musical, puro.

## II

¿Y si el cerdo profetizara,  
el perro hablara en sueños,  
toda visión se disipara  
al menor contacto con el aire?

(A Stefan Beyst)

Ambarina, sustancia de miedo y pena.  
Fluye, lenta por lo espesa,  
desde el fondo más oscuro y secreto.  
Mojará el suelo, el asiento fugaz  
que llamamos la vida  
y en el que nadie está nunca sentado.  
Huele acre, olor de un animal  
que huye de otro  
bajo finas y filosas ramas  
o huye de sí, de su propia sombra.  
Hay un espejo pero queda del otro lado.  
¿Hay un espejo, un poco de agua,  
un cometa nuevo y sin nombre todavía,  
el perfil de una palabra,  
una cópula entre la voz y su eco?  
Nada reposa. Ni el reposo.  
Todo gira, vibra, tiembla,  
sufre de periódicos estertores,  
todo se oxida, se ensucia,  
padece dolor en el costado,  
desea y no se sacia,  
se sacia y duerme y sueña que desea.  
¿Quién beberá ese líquido,  
cómo será su sed,  
tendrá otro rostro que no sea éste,  
el mío, el tuyo, el de todos?

Cierro los ojos y el mundo muere.  
Sylvia Plath.

Cantan los sapos en el jardín del vecino.  
Se aproximan nubes negras, pesadas, muy lentas.  
Lloverá y el mundo entero  
quedará sepultado bajo el agua.  
Los sapos lo saben - con su saber de sapos -  
y cantan de un modo distinto, grave.  
El resto, las demás bestias, los hombres,  
lo ignoran, unos comen lo que encuentran  
en la hierba, en las grietas de los muros,  
otros se sientan a mesas con manteles a cuadros  
y tragan cada bocado casi sin masticarlo.

Dormirás, dormiré.  
¿Despertaremos? Alrededor,  
leña sobre leña,  
un pequeño charco,  
silencio.  
Soñaremos. ¿Despertaremos  
para decirles a todos  
lo que soñamos?

III  
(A Hilda Paz)

Está en la sangre, en la piedra  
que resbala por la sangre, en  
lo que se supone libre,  
en lo que se cree a salvo.  
Agua que contiene la cabeza  
del cordero, todavía  
sangrante. Ancha,  
insomne, se tiñe de rojo,  
rojo casi negro.  
En el centro de lo dado,  
en un extremo de lo negado:  
clavo en la madera,  
aguijón con culpa por su punta  
y, sin embargo, muy profundo  
en el hueso, en la carne.



El alma no mide, no significa.  
El cuerpo mide pero no perdura,  
significa piedra blanda,  
tierra que no acoge.  
¿A qué o a quién semeja?  
Se dirige, todo uñas, y ojos, y uñas,  
a algo oscuro y remoto  
que no sabe que,  
en la punta más lejana del mundo,  
existe de lo que fuera bosque  
apenas una desordenada, menguante hojarasca.

Muerte, te traigo regalo.  
Te ofrezco pulpa, jugo, racimo.  
Te doy belleza, bálsamo, primicia.  
Tiene que haber algo allí adentro,  
inmóvil o en tránsito,  
y algo para alcanzarlo,  
una plomada, una sonda.  
Cáscara o tesoro,  
pasión o almohada;  
lo que cae lleva ansia,  
lo que sube no encuentra  
relámpago, consistencia.  
Vida, ahora veo ramajes,  
algodones, ácidos, nubes.  
¿Quién te habita,  
quién supera tu cifra,  
tu límite, el breve y flaco dios  
que te habita, solo,  
a mitad de camino  
entre la consunción y el fracaso?

(Cecilia Gallerani)

Un sólo fósforo podría alumbrarla,  
pero ¿qué luz? En sus brazos,  
animal de magia y caverna  
(deseo y temor.)  
Un solo fósforo  
podría revelar el secreto  
del matrimonio  
entre lo que está arriba  
y está abajo,  
primer paso hacia el oro,  
último paso hacia el sueño  
más puro.

Sí,  
pero ¿qué luz?

Bebe sin tener una fuente,  
habla sin tener una lengua,  
un idioma preciso.  
Ante un agua ventosa,  
un viento que sopla en coro,  
una música por nadie ejecutada  
que, de reverbero en reverbero,  
pronto se extingue o muy lento madura.  
¿Quién besa sus pies húmedos  
y lo sostiene cuando, al borde  
de los caminos, se dispersan  
como hojas secas las visiones?  
Lejos de mí y de casi todos,  
tal vez, el olor  
de un mar siempre distante,  
una carne...

¿ De quién la pulpa de la fruta  
cuando pende sin testigos de la rama más alta?  
¿ De quién el día perfecto, la noche exacta,  
el círculo, la piedra sin falla,  
lo inexpresable, lo último y más secreto?  
¿ Quién es señor del agua,  
patrón del fuego, capitán del aire  
cuando es viento contra los árboles?  
¿ Y este perro que ladra a la belleza,  
que muerde su espesor y su sustancia,  
este hombre que siembra en el barro,  
descalzo y solo bajo un sol indiferente?  
¿ Qué somos cuando sólo hay sal y sangre,  
sombras de bromo en largo cortejo,  
luces submarinas, frágil paraíso que se disipa?

#### IV

¿Qué fuerza ejerce sobre ellos su influjo  
mientras soplan desde abajo cierto incienso  
hacia un cielo remoto, inmutable? ¿A qué  
perdido sol veneran, casi desnudos?  
Sienten miedo, a sus pies la tierra gira caótica,  
ante sus ojos la muerte adquiere forma de llama  
y el fuego toma arbustos hacia Orión,  
el núcleo, Pennsylvania.  
(¿Cuánto mide y pesa ahora el mundo,  
ahora que ninguna pregunta es pertinente,  
ninguna respuesta, satisfactoria?).

(París, 18 de noviembre de 1922)

1

Una pequeña sonata para mitigar  
los ahogos. Lo ancho y extendido a contraluz,  
se abre, a unos ojos que ya no pueden verlo,  
detrás de la ventana. ¿Qué fue  
de lo acuoso, lo espeso, lo cálido?  
¿Qué es ahora sino sudores,  
temblores, telas blancas?  
¿Qué será cuando todo  
esté urgido de palabra  
y la palabra valga, en el fondo oscuro,  
entre lentos látigos y luces inmóviles,  
menos que un balido,  
menos aún que un aullido?

(Marcel Proust fotografiado en su lecho de muerte;  
a Mercedes Roffé)

El Eje es ahora seca arteria parada.  
Nada salva. Ni el anónimo daguerrotipista,  
ni la última caricia.  
¿Qué tiene de cielo este pasaje  
de no poder casi respirar  
a no respirar en absoluto?  
¿Qué es sino infierno  
ya no beber, no fumar tabacos,  
no desear ajenos muslos,  
tan sólo estar inmóvil,  
con los ojos abiertos  
hasta que, por piedad, los cierren,  
a la espera de que llegue  
el fuego, ese que vendrá,  
dicen, a juzgarlo todo,  
a quemarlo todo  
de una vez y para siempre?



(A José Basile, in memoriam)

Ahora es sólo tiempo,  
la torpeza de la carne  
abatida sobre su propio,  
incongruente, irreflexivo deseo.  
Si pudiera girar la llave  
encontraría del otro lado  
piedra encerrada en piedra.  
¿Sostiene la tierra su pie,  
la ladera cortada a pique  
contiene su silencio,  
la mancha en su costado ciego?  
Ahora, lejos, el carnaval de lo ficticio,  
el pacto de la rama con el musgo,  
la monodía de los vivos  
ante una esfera descarnada.  
¿Qué ve, qué se imagina,  
más allá de sí, azares, destinos?

(John Cage, 4'33")

En el centro de la tierra,  
un piano en silencio;  
la música, los ruidos del mundo:  
no hay animal que no grite,  
chille, aülle, bufe, resople;  
no hay cosa que no cruja,  
rechine, fermente, exhale.  
En el centro, un hombre  
inmóvil ante el teclado;  
la música, los ruidos de los otros:  
balbuceos, tartamudeos,  
aplausos, gemidos, llamados,  
imprecaciones, eructos,  
flatos, ruegos, súplicas,  
maldiciones, cánticos.

La mía es una edad vieja y amarga.  
Mark Rothko a Robert Motherwell

La herida no es curable,  
se abre amarga hacia el día,  
hacia la hora en que,  
desde todas partes,  
la muerte mide palabra y futuro.  
No somos iguales  
pero nos iguala  
el lejano sonido del viento  
contra otras piedras  
ni blancas ni negras.  
En el suelo trazas de deber,  
de juicio, a las que el viento  
no borra, y húmedo desnudo  
contra reseco muro,  
y un idioma de alfileres,  
de hileras de niños por un plato,  
de breve, inútil dios  
en vertical, flaco, magro,  
solo entre alacranes, entre perros.  
Pero la pared igual se alza.  
Igual trepa el deseo por el costado.  
Igual se ocupa de su fondo el océano.  
Igual levanta el mundo sus defensas,  
otorga olores a las vulvas,  
disemina hierbas, polvo, astillas.  
Y mastico con mi único diente  
el pan que a veces celebro  
y otras veces niego.

(Edward Hopper)

A la orilla del cielo, casas  
bajas, jardines que aguardan su esperanto;  
a la orilla de la tierra, el temblor matutino,  
el musgo profano, el tajo  
en la viga del techo.  
Y detrás  
de otra puerta, bastante,  
aún insuficiente, cuanto logra medir la mano:  
el desnudo, el aire inmóvil,  
una sombra, ocre o púrpura, y más allá,  
lo que huye, ¿la vida?, bandadas...

¿De qué manera puede uno vivir una vida?  
Rothko.

En la playa, contra las olas, persiste y se lastima.  
Se lastima como un hombre,  
un animal, una mujer desnuda y hambrienta.  
¿Qué sol no es frío?  
¿Qué amor no es número secreto,  
ojo de tiempo, hierba seca a la que darán fuego  
a los pies del más perfecto desconocido?  
Bebe de su propio vientre,  
masca su propio mal, lo traga.  
Se lastima mientras anda al revés,  
de espaldas, sumergido, contrahecho  
Por el linde, la orilla, el extremo,  
la vida anuda.  
La muerte, ¿desata?

(Max Ernst y Dorothea Tanning en Arizona)

Crece la roca como crece la planta,  
siente el frío, el calor, el miedo,  
llora, grita, se ríe.  
¿ Qué creer, qué medida usar,  
desde dónde y hasta dónde tender luz sobre la sombra?  
Sólo la mirada, desnuda.  
Sólo el sueño, vívido.  
Erigir una casa  
en el desierto, para que el viento  
la golpee y, adentro, besar, morder, creer  
y descreer, recordar, olvidar, volver a recordar.  
¿Quién gime, tiembla, desea,  
implora más y más belleza,  
entra al otro como luego entra al espejo?  
Otra vida que también es muerte,  
forma veloz y fulgurante de la muerte,  
trae relámpago, ilumina sitios secretos, profundos huecos.

(México)

( Tina Modotti fotografiada desnuda por Edward Weston,  
1924)

Se nutre de luz y silencio, expuesta  
y frágil y poderosa. Está viva  
todavía, vivo su sexo. Y no hay miedo,  
el agua corre abajo, por túneles,  
hacia una boca con sed, imperiosa.  
Nada la vigila, ni traiciona,  
nadie puede ya negarla ni negar la tierra.  
Ella fue ojo, ahora es mirada  
y lo que mira ya no está sucio,  
no repugna, encuentra equilibrio,  
espacio, se deshace en espumas  
y se rehace en música.  
Y cuanto lastimó ahora abriga, consuela.

(Frida Kahlo)

Cae un gran peso y es sombra,  
suelo cubierto de hojas pútridas,  
casa erigida en el centro del mundo  
y dentro de la casa, oscuro, alguien  
con las manos en el rostro.  
¿Cómo desnudarse,  
golpear el fondo, la piedra?  
¿Cómo soterrar el dolor,  
encontrar certeza más allá del cansancio?  
-No estoy enferma, estoy rota-,  
entonces, ¿grabar pudor y ley,  
invocar lo puro y lo fértil,  
persistir en docilidad  
con el vientre hundido en la sombra?



(Ultimo Klimt; a María Laura Barletta)

Sueña un viaje, un compás, un alumbramiento.  
(Desnudo en un cálido purgatorio, un espejo  
y otro espejo para la vanidad,  
un biombo de Oriente para atajar la muerte).  
¿Qué da y qué recibe? La casa se sirve  
de anónimos y lascivos dioses:  
por un trazo, un ombligo  
en cuyo grial confluyen miríadas de seres;  
por un color, el peso de un seno  
casi sumergido en su propio y anhelante reflejo;  
por una red de sedas, acabada o inconclusa,  
una mirada-relámpago en cuyo extremo,  
ebrio, va el deseo libre de cifra, de teoría.



foto:  
Marité Malaspina

## CARLOS BARBARITO

### BIOGRAFIA

Nace en Pergamino, Buenos Aires, Argentina, 6 de febrero de 1955.

### Poemas:

Poesía quebrada (1984). Teatro de lirios (1985). Éxodos y trenes (1987). Páginas del poeta flaco (1989). Caballos y otros poemas (1990). Bestiario de amor (1992). Viga bajo el agua (1992). Meninas. Desnudo y la máscara (1992). El peso de los días (1995). La luz y alguna cosa (1998). Desnuda materia (1999). Figuras de ojo y sombras (2002). Puntos de fuga (2002). La orilla desierta (2003).

### Inéditos:

Piedra encerrada en piedra. Ámsterdam.

### Premios:

Premio Francisco López Merino.  
Premio Fundación Alejandro González Gattone.  
Premio Concurso Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industrial Editorial, Fondo Nacional de las Artes.  
Premio Bienal de Crítica de Arte Jorge Feinsilber.  
Premio Tierras Planas.  
Premio Fundación Argentina para la Poesía.  
Gran Premio Libertad.  
Premio Raúl Gustavo Aguirre de la Sociedad Argentina de Escritores.  
Premio César Tiempo.  
Mención Concurso Revista Plural, México.  
Tercer Premio Fundación INCA.  
Menciones de Honor Leopoldo Marechal y Carlos Allberto Débole.  
Tercer Premio Enrique Pezzoni del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

PIEDRA ENCERRADA EN PIEDRA

© Derechos reservados

Diseño de portada:  
BLANCA MATEOS

Ilustraciones de portada y portada interior:  
NESSY COHEN (<http://nessycohen.com>)

Maquetación y coordinación general:  
BLANCA MATEOS

Esta edición ha sido creada en formato electrónico (PDF)  
para ser distribuida por **Palabra Virtual**  
con la autorización y supervisión del autor de la obra.

México / Buenos Aires, julio de 2004.



**A**ntología de poesía hispanoamericana  
<http://palabravirtual.com>